

sado meditando, sino que he estado curioseando. Ignoraba qué horas eran, seguro que había pasado ya una eternidad desde que entré a este edén. Y volví a salir, dejando la puerta como estaba.

Momentos después, ella regresaba como el ángel custodio del Paraíso si bien sin ninguna espada, sino más llanamente en compañía de un patojo que venía cargando un par de grandes bolsas llenas de cuantas cosas saben las mujeres echar en ellas cuando van de mercado. Y había entrado quejándose, medio en broma y medio en serio:

—¡Ay, qué cansada vengo!... Pero fíjese que hallé casi todo lo que buscaba. Suerte, ¿verdad? Y todo era abundante ahora. Sin embargo, hice compras para toda la semana, no vayan a haber nuevos imprevistos que hoy están tan de moda —y se rió—. Y usted, ¿se aburrió un poquito? ¿Se puso a dormir?

Con el mismo entusiasmo le celebré su buen humor, antes que sospechara nada; y ella prosiguió, al par que extraía de su bolso las monedas prometidas al muchacho:

—Si no ha sido por usted, jamás que hubiera ido de compras, pues estaba creyendo que tendría que hacer cola en medio de toda la indiada, y eso era lo que me daba horror... Pero lo que es sirvienta, ¿cree que pude encontrar? Por ningún precio. Hasta me costó hallar quién me trajera estas cosas. ¿Qué se estarán pensando estas mujeres? Y fíjese que sólo indias o indios se ven por todas partes, y no se sabe qué se hicieron las ladinas que antes servían. ¿Habrían seguido a sus patronas hasta el exilio? No lo creo, si ellas nunca fueron fieles a nadie. ¿Tomarían camino por su propia cuenta? Pero ellas ¿qué podían temer? Francamente, es un enigma...

Y librándose del abrigo y los guantes, se llevó una de las bolsas a la cocina, llevándole yo la otra, dedicándose en seguida a preparar los guisos porque, según dijo, ya era tarde. Y yo me vine a escribir esta otra página, contento de que ella había siquiera reconocido que los pobres, aunque se llamen ladinos, nada tenían que temer de los naturales.

Hora: 15.00

Después que hube hecho mi siesta, pude sorprender a ella, que volvía del jardín, pisando de puntillas creyéndome aún dormido. ¡Cuánta bondad la suya! Si este fuera el substrato del mundo, éste no se llamara Valle de Lágrimas, sino de la Felicidad. Ya lo creo que tales demostraciones en ella no me extrañan, si ya la conozco. Lo que de veras me sorprendió fué el descubrir que posee una magnífica voz para el canto. Yo venía saliendo del baño y alcancé a oírla. Cantaba quedo, más bien canturreaba, como el que se pone a vacilar antes de decidirse por los lentes de color de rosa, callando al percibir mis pasos; pero pude oírla lo bastante para enterarme que es una guzla de oro lo que anida en su garganta. Sí que tuve el cuidado de no darle a conocer que la había oído, pero éste sí fué un gran descubrimiento!...

Enero 4

Miércoles

Hora: 07.30

Ya me decidí a no pasar del día de hoy sin ir a oír los debates de la Asamblea Legislativa. Sólo siento tener que mentirle a la señora de la casa, pues ¿cómo podría ir diciéndole la verdad? Voy a decirle que mi salida obedece a mi deseo de averiguar si aún continúa en el país nuestro común amigo D. Antonio Gutiérrez y Solares.

Hora: 14.00

Al fin logré presenciar la sesión de esta mañana y, realmente, todo lo que yo pueda decir en su encomio es poco. Lástima que esta buena señora no haya ido también, para que hubiera aprendido lo que aprendí yo. Pe-

ro ¿quién podrá atreverse a invitarla? Y conste que bien supo adónde es que yo iba, pues sin darme cuenta a qué horas yo mismo me traicioné. Ignoro si esta impensada declaración se debió a la inesperada pregunta que me hizo, o fué el deseo inconsciente de evitarme el remordimiento que me habría causado el mentirle en tan poca cosa. Sólo sé que confesé de plano. Sucedió después del desayuno, cuando al mirarme que consultaba al reloj con alguna frecuencia, me preguntó a quema ropa:

—Se diría que usted va a salir. ¿Es así?

—Pues sí. Las sesiones del Congre...

Me contuve viendo lo que había hecho, pero ya era tarde: estaba dicho todo. Sorprendida, me preguntó otra vez:

—¿Cómo dice?

Ya nada se perdía con hablar más claro, ni había dificultad en repetir lo que ya había dicho, y sí recordé a tiempo que siempre se gana más rindiendo tributo a la verdad. Yo le contesté, aunque no sin timidez, aludiendo a las crónicas parlamentarias que habíamos leído juntos:

—Usted sabe lo interesante que están resultando esas sesiones del Congreso, y yo...

Dejé de hablar al verla mover la cabeza de un lado a otro mientras me miraba como el que mira a un niño hacer un desaguizado, exclamando al fin:

—¡Ah!, ¿con que a los culpables de indios llamará usted interesantes? ¡Pues pronto diremos, señor turista, que nunca los ha escuchado!

Ella concluyó sonriendo; pero, por un momento, su ironía me dejó sin hallar qué responderle y con deseos de volverme hormiga. Mas, no siéndome posible esta conversación, debí buscar algo más práctico, no ocurriéndome otra cosa que el adoptar un tono festivo que llevara la conversación al lado del chiste. Y chanceándome, le respondí:

—Tiene razón, señora, pero en estos conciliábulos debe haber algo nuevo. Recuerde que se trata de "principales". Curioso será, a fe de turista, verlos guardando la misma apostura de sus colegas musulmanes. Ver, pues,

a tales Visires, ¡perdón!, Caciques de espesas barbas y reposada lengua, sentados en torno al petate y hablando uno a uno entre proverbios y sentencias del Corán, ¡perdón!, del Popol Vuh...

Ella no se pudo aguantar, y soltó la risa.

—Pero, señor, si los indios son lampiños —dijo.

—Pues los supondremos rasurados...

—Veo que tiene mala memoria —dijo en serio—, pues ya olvidó todo lo que sufrió a causa de ellos. Apenas fué ayer cuando lo encontré en un parque rodeado de tanates que ya parecía un mercado “turco”. —Volvió a reír para agregar:— Ya hasta esperaba que me fuera a decir: “Marchante: ¿no comprás? Cortes para señoras de lana, medias para caballeros de seda...”

Después de haberle alabado su gracia, le fije formalmente:

—Pero si usted no lo cree conveniente, yo renuncio a ir. No es mi deseo contrariarla.

Dichosamente, ella repuso:

—No, no. ¿Por qué iba a contrariarme? Vaya. Está bien que vaya y se desengañe, a ver si después aún le quedan ganas...

Le aseguré que haría el mejor uso de su consejo, y, con su venia, al instante me fuí. Sin embargo, no iba muy contento en la calle porque sabía que ya dos veces le había regateado la sinceridad debida, y esto me daba escorzor, ¡si ella es tan buena!... Pero me prometí no volverlo a hacer.

Venía caminando dentro de un barrio que antes no había conocido, o por lo menos no recordaba haberlo caminado antes: la sección de la octava avenida norte. Y encontré que tanto éste como los otros que logré ver después, presentaban franca tendencia hacia la normalidad. Unas que otras son las marimbas que van quedando, y así también reducidos los grupos que están con ellas. Pero esto no quiere decir que ya la mayoría haya vuelto a sus abandonadas labores, pues ahora se dedican muy orondos a andar paseando en los simiones o coches de dos caballos que habrían ido a sacar de los museos, con los que tratan, pero en vano, de suplir la casi ausencia de

buses y demás transportes motorizados, porque ellos también son escasos, siendo corriente verlos pasar tan llenos de pasajeros que casi no pasan, es decir, que los caballos apenas pueden hacerlos avanzar, pese a los latigazos y gritos de los cocheros, quienes a veces tienen que apearse para ir empujando. Mas para la nueva clientela, esos no eran simones, sino carrozas. Algunas de éstas, chirriaban de modo lastimero; pero era visible que estaban llenando una necesidad perentoria. Ví también que era cierto lo de la escasez de gente ladina entre tanto pueblo, pues casi sólo trajes indígenas se miraban, muchos de ellos calzados y con perfecto dominio del zapato. Y aunque esto último me intrigó en demasía, no pude descubrir la razón de ello.

Arrimado a una esquina mientras el auriga remendaba a la cincha que se había roto, estaba un carruaje desocupado, habiéndome rogado aquél, que era ladino, que esperase no más que un momento.

Cuando estuvo listo y le pedí que me llevara al Palacio del Parlamento, abrió la boca cuanto pudo y me quedó mirando como si yo fuese un espectro, haciéndome recordar, por su expresión, al chofer aquel a quien una noche le indiqué que me llevara a los extramuros de la ciudad en donde entonces estaban reunidos los que ahora nos gobiernan. Al fin éste arguyó:

—¿Qué va a hacer allí, míster? Mejor vamos al zoológico donde podrá ver mandriles que siquiera tienen barbas.

Su salida me hizo reír, máxime que era en mucho semejante al chiste que acababa de celebrarle a la señora, sorprendiéndome la coincidencia de ambos con respecto a tales adefesios. Y ya en marcha, le repuse:

—No debiera usted decir así, que ellos son hombres como nosotros.

—No, usté. Ellos son con alma de caballo.

Y a manera de rúbrica le dió un latigazo a los suyos.

—¿Por qué dice eso? ¿Le quitaron algo a usted? — le pregunté:

—A mí, no —contestó—, porque yo nada tenía; pero sí al propietario del carro que yo manejaba, al que le robaron todo. —Se volteó a mirarme y me dijo:— ¿No se acuerda cuando nos vimos en aquel tumulto de todos los diablos el último día de las elecciones? Yo era el chofer del taxi en que usted andaba.

—¡Ah!, sí —le dije recordando—. Y ¿qué fué de ese carro?

—Que después de reparado y dejado como nuevo, fué a acabar como hierro viejo en manos de estos bandidos.

—Y ¿cómo no lo pudo salvar?

—El dueño sólo salvó cuatro, y eran cinco los taxis que él tenía. El que yo majenaba fué el que por desgracia tuvo que dejar por falta de gasolina, y fué el que se robaron ellos.

—Pero lo han de haber indemnizado —dije.

—¡Como para que lo fuera! Cuatro quetzales no es ninguna indemnización, usted. Yo antes comía tierra que recibirles un centavo a estos bandidos...

Sonreí a sus espaldas, pues sabía que si él no les aceptaba dinero a estos indígenas, debería terminar por morirse de hambre, pues actualmente ellos constituyen casi toda la clientela en esto de andar en coche como en cualquiera otra cosa. Pero fijé mejor mi atención en el vehículo que, si no chirriaba, padecía en cambio de un temblor tan pronunciado que me hacía mirar todo como empañado, y entre más se apresuraba era peor. Seguramente el hule que recubría a las ruedas tenía partes más gastadas que otras, de donde provenía esa molesta vibración. Pero el conductor se empeñaba en caminar de prisa para no dar lugar a que otros pasajeros lo abordaran, aumentando su velocidad cuando veía que alguien insistía poniéndose a correr con ánimo de alcanzarlo, y yo tenía entonces que ir con los ojos cerrados para evitar que me doliera la cabeza. Pero ¿por qué se negaba a recibir más pasajeros? Eso no lo supe hasta que bajé del coche, medio mareado, frente al Palacio, donde se negó a recibir la moneda de 25 centavos que yo le daba después que hube visto la tarifa colocada en el respaldo del

asiento, alegando que lo que yo le debía eran dos quetzales o dólares. De esta manera él pretendía cobrarse de mí solo, y sin mayor esfuerzo para sus caballos, igual o mayor ganancia de la que habría obtenido con la capacidad del carro colmada. Pero tal ambición le resultó fallida porque uno de los policías que resguardaba dicho palacio se le acercó a decirle:

—Ya te oí, vos. Hay estás alterando la tarifa y saboteando al gobierno. Vos sabes que la carrera sólo vale 25 len. ¿Querés ver que te quite la licencia?

El otro, que no quería verlo, aceptó la moneda y se fué mascullando:

—¡Estos bandidos...!

Pero yo le quedé más que agradecido a dicho agente, pues un dólar era todo lo que tenía.

Y, al cruzar el umbral de aquel palacio, me invadió un cúmulo de encontrados sentimientos. Sentí alegría de verme al fin allí, e impaciencia por llegar pronto al Salón de sesiones, y, por otro lado, tenía un poco de remordimiento por haber un día pensado tan mal de estos hombres nuevos, y hasta ansiedad y temor de que pudieran ellos adivinar tal hecho; de suerte que para el que hubiera tenido abierto el ojo psíquico habría visto en mi aura los más variados tintes.

Sorpresivamente, me encontré luego buscando los ascensores. Era seguro que en mi interior había quedado imborrable el recuerdo de la aventura de la terraza del otro palacio por haberme servido de las escaleras, y ahora inconscientemente trataba de evitar su repetición. Pero aquí no hay ascensores porque no hacen falta; apenas una ligera gradería que subí con toda confianza abriéndome paso por entre una vasta aglomeración de curiosos que llenaban corredores y galerías, los que aplaudían en aprobación de los discursos de los diputados. Y aunque sólo habían indígenas, nadie mostró enojo ni siquiera extrañeza de verme allí, antes bien me alentaban a pasar adelante haciéndose ellos a un lado, no con el ademán del presumido que quiere mostrar sus tesoros y deslumbrar, sino con la naturalidad del que fué siempre servicial con los hombres y sumiso a los mandatos de arriba, con lo

que pude seguir hasta ocupar un puesto en primera fila, pues no sólo quería yo escuchar, sino también ver a los oradores.

Y aparecieron ante mí, no en torno al petate, sino en brillantes curules, los cincuenta y tantos Padres de la Patria, ciertamente sin barbas, pero sí con bigotes por cierto extraordinariamente negros, y vestidos típicamente en todos sus pintorescos y alegres estilos, los que, no obstante, dejaban de ser divertidos para hacerse graves, con la gravedad que les prestaba el respetable y patriarcal continente de tales personajes. Y me dije: "He aquí al Soberano Congreso de la Primera República de Guatemala".

A mi llegada, el Representante que estaba en el uso de la palabra, continuaba de esta guisa:

"...No, hermanos. Nuestras mujeres no deben salir a la calle con ese ruín pretexto de votar, que ésta es práctica engendradora de odios y de algunos otros sentimientos igualmente ruines que acaban por hacerlas histéricas y neuróticas, y enfermar del hígado y del alma, dándoles el ridículo aspecto de hombres con faldas que no vienen a ser ni fu ni fa, o ni chicha ni limonada (Risas en la barba). Esto de votar es cosa de hombres. Ellas han sido predestinadas para el hogar: atender a la cocina, cuidar de nuestros hijos y leer libros buenos para conservar siempre fresca la dulzura de su carácter, y puedan suavizar las asperezas que a nosotros nos da la vida. Pues ¿quién no sabe que nuestra pasional idiosincracia nos suele impulsar siempre a hacer política, y política a nuestro modo, aunque no tengamos el derecho al voto? Y peor si lo tenemos. Y resulta ridículo ver a aquellas señoras que se dicen serias, reunirse en mitines y hasta pronunciar fogosos discursos de propaganda en favor de determinado candidato e injuriosamente el de la oposición, mientras en el hogar el fuego de la cocina se apaga y la comida sigue cruda sin esperanzas. Porque hacer política significa entre nosotros el rompernos los platos en la cabeza y el abandono de los propios deberes, olvidando hasta el hambre e incluso los hijos en los días culminantes de la votación. No, hermanos. Este derecho

sólo podría otorgárseles una vez satisfechas las siguientes condiciones. Primero, cuando ellas hayan adquirido suficiente educación como para no confundir la acción cívica de votar con la repugnante de politiquear, y, peor aún, con la odiosa de hacer demagogia, que bastante de todo esto tenemos con los hombres. Segundo, cuando los hombres, al verlas votar, no piensen que aquéllas dejaron ya de ser mujeres, para respetarlas menos. Y tercero, cuando los servicios domésticos de los hogares chapines sean gobernados eléctricamente y no sufran atraso ni menoscabo por la ausencia prolongada de la señora haciendo cofrente a las mesas electorales.

“Aparte es considerar el valor espiritual de la mujer, cuando éste predomina en ella, en cuyo caso sus delicados consejos y desinteresadas sugerencias al marido fueron siempre de noble inspiración y eficaz ayuda en la evolución humana. Pero esta influencia, por ser precisamente de índole espiritual, nunca fué ejercida sino tras bastidores: en la intimidad del hogar y no en las calles y plazas, en el lenguaje del corazón y no en el de la política que entre nosotros es llena de engaños y causa ella misma de desengaños. Si esta forma espiritual de guiar a los hombres fracasa, fracasará igualmente y con más razón la de los mitines electorales. En conclusión, propongo que rechazemos de una vez esta revisión que nuestro hermano Pablo Macachí propuso hacer en el articulado de las obligaciones políticas con la mente de restaurar una disposición de la vieja Carta Magna que con tan buen criterio hemos sustituido”.

Y se sentó con dignidad entre entusiastas aplausos que, sin embargo, suben de intensidad al levantarse otro de los representantes y reconocido por el público como el más elocuente orador de la raza.

“Hemos oído hablar a nuestro hermano Antonio Xocoy Pop (empezó diciendo), quien lo ha hecho muy bien. Sólo deseo agregar algo más para reforzar su tesis. La mujer no debe militar en los escabrosos terrenos de la política, porque ella no es la llamada a defender ideas ni doctrinas de esta clase: ella debe defender el hogar; la paz y la santidad del hogar. La emancipación de la mujer

que procura nuestro hermano Macachí, indudablemente de buena fe, fuera menos de temer cuando ella tuviera un perfecto y consciente código de moral, y, aún así, deberá tener siempre presente el símil nunca pasado de moda del inmortal Cervantes que comparó a la mujer con el espejo al cual el menor soplo lo empaña, y el más reciente de Rochefoucauld, quien dijo: "Una mujer honesta es un tesoro escondido"; y de estos tesoros es que queremos y debemos hacer nuestra riqueza, pues nunca civilización debe significar el menosprecio de la virtud. Su honestidad, y más todavía, su santidad es la que mantiene y vigoriza los lazos familiares en los cuales descansa la patria entera. Pero si las hemos de olvidar en lo político, deberemos recordarlas en lo social para alejarlas de los empleos de carácter público, no sólo por respeto a nuestro uso inmemorial y porque tales lugares, por obligarlas a tratar con buenas y malas gentes, hacen malograr su castidad, su pureza y hasta su feminidad, que es precisamente lo que las distingue de nosotros; sino además porque el sentimiento de independencia que despierta en ellas las conduce a aquella emancipación que hemos condenado y que las hace perder su encantadora flexibilidad, su exquisita delicadeza y dulce comprensibilidad, para adquirir la agresividad de rival que lógicamente acaba en el divorcio. Es incompatible su trabajo en la calle y su labor en el hogar: con aquél aprenden el arte de servir al público pero a expensas del sano esfuerzo por servir a éste, en donde más bien reclaman el derecho de ser servidas. Ganan independencia, pero pierden para con nosotros el sentido de responsabilidad. Se emancipan de nosotros, pero también se apartan de su misión. Si adquieren mejoramiento económico, se privan, en cambio, de descubrir el sentimiento de autosacrificio, sello de genuina maternidad. Llegan a casarse, mas considerando al matrimonio como un paso previo al divorcio. Y, como madres, cuando aceptan serlo, acuden a la alimentación artificial de los hijos para sacrificar lo menos, olvidando que el propósito de la mujer es ser mujer y verlo todo con ojos de madre, todo lo cual engendra el desastre privado que conduce infaliblemente al desastre público, porque de la armonía en el

hogar depende el orden en la nación y la paz en la tierra.

“No es que queramos dar la razón al misionismo. De ninguna manera. Pero obsérvese que desde que se trató de nivelar los sexos en las actividades de la vida —pero sólo los sexos, esto es, dejando siempre desnivelados los sentimientos de fidelidad y del honor—, se multiplicaron los problemas del mundo, porque la virtud, que es el verdadero aroma y debe ser la verdadera esencia de la mujer, fué relegada a segundo plano. Y fué para enmendarse está pérdida que se vino a facilitar el divorcio, creyéndose poder liquidar así los adulterios que se habían multiplicado, como se pretendió alejarla de la prostitución dándosele libertad económica, liquidaciones que no podían ser más que aparentes, pues en el fondo la misma libertad que se le ha dado es precisamente la de adúlterar y prostituirse, enmascaradas por una ley que legaliza tales situaciones y por una filosofía que sancionaba tales leyes. (Aplausos). La experiencia enseña que aquí como en todas partes de nuestro mundo materialista de la igualdad de derechos las mujeres se sirven para fumar y beber en público, practicar el exhibicionismo, divorciarse o tomar abortivos, engrosar los sindicatos y agravar las divisiones. Y es que con la mujer podemos compartir las ilusiones, el arte y las virtudes, que vienen del corazón —¿y qué otra cosa es ella sino corazón?—; pero, ¡por favor!, no compartamos también la prosa de la vida, siendo ella poesía, ni los quebrantos que dan los desengaños, siendo ella ilusión y esperanza. Que bien dijo el poeta que la mujer fué hecha para la plegaria en el hogar y para el canto y el arrullo en el nido; para endulzar la lágrima del fracaso e inflamar la inspiración heroica, con orgullo de flor y humildad de mártir. En una palabra, es para amar y crear, no luchar, que la lucha se ha hecho para el hombre, salvo la lucha contra sus propias pasiones, desvíos y arrebatos que deberá sostener consigo misma, auxiliada en esa lucha por la opinión pública cuyo poder frenador de toda clase de deslices, matado desde hace tiempo por las negreras burocracias, debemos resucitar y estimular. (Aplausos). Esto es lo que se llama tradición, que debemos conservar pese a quien pesare y contra viento y

marea. Tradición es la supervivencia de la religión, la conservación de los lazos de familia, el respeto de la mujer, la defensa de los niños, la santidad del hogar, lo que nos da, en definitiva, la paz de la aldea, la prosperidad rural, la integridad del terruño. (Aplausos). ¿Qué les sucedió a los pueblos que perdieron sus tradiciones? La respuesta, entre otros, la puede dar la China y los países de la Media Luna, incluso el Egipto. No juguemos con fuego, que la igualdad de derechos sólo puede darse en un mundo espiritual. En este que vivimos hoy dos sexos, y no por nuestra culpa, y las disciplinas deben ser propias y particulares para cada uno. Y la mujer debe dedicarse fundamentalmente a la crianza y educación de sus hijos, sin aspirar a otra cosa, que nada hay más valioso, como que esos hijos son la patria entera. No es que quiera rebajarlas de nivel, sino situarlas, ni que quiera decir que hay un sexo superior al otro, ya que ambos se completan, bien que debiéndose separar y respetar sus propias naturalezas.

“Con la aplicación de estas medidas, ¿retrocederá la mujer en sus conquistas de civilizada, como sostiene nuestro hermano Ixlaqué Macachí? Habría que ver primero si es verdad que nuestras mujeres han logrado tales conquistas y, sobre todo, si tal civilización corresponde a las aspiraciones de la naturaleza humana... No obstante, comprendemos que siempre será posible encontrar mujeres que crean haber perdido con estas disposiciones. A ellas les decimos que a cambio de esa “pérdida” tendrán el derecho de exigir fidelidad al marido en igual grado que éste lo exige de ella, nivelación ésta que lógicamente debe ser el punto de partida de cualquiera otra nivelación que se pretenda. (Resuenan los aplausos, sobre todo de parte de las mujeres, que se muestran encantadas). Se han de exceptuar, desde luego, los cargos del magisterio y de hospitales, cuando son por vocación, o los que implique la posesión de un título universitario, pero a condición de no constituir ellos obstáculo en la concepción y crianza de los hijos ni motivo de abandono de sus deberes hogareños.”

Y fué a sentarse entre prolongada ovación. Después pidió otro la palabra para decir:

“Deseo expresar sin reservas mi completa conformidad con lo dicho por los hermanos que me han precedido en la palabra, pues debemos luchar por la implantación de hogares estables basados en el mutuo respeto, y en donde el amor sea el único juez. Para esto debemos preparar madres de verdad, que las buenas madres son las que forjan las buenas patrias, como así dijo el representante Iboy Culajay. Madres conscientes y justamente influyentes son las capaces de apartar del vicio a sus seres queridos o de evitar que caigan en ellos. Madres celosas de sus deberes, abnegadas y previsoras, significan hijos con iguales virtudes. Porque no es sólo el maestro de escuela quien forja esta clase de seres, ni es sólo la iglesia la que determina la eficiencia en el hogar: sino la buena madre que reúne ambas cosas. Pero nada de esto se aprende andando en dimes y diretes para arriba y para abajo en campañas electorales, ni es ese el mejor modo de influir en los demás: que si corremos la vista por el mundo del siglo que acaba de pasar, ¿no vemos que los países donde esta práctica era corriente, resultaban ser con frecuencia los más imperialistas o esclavistas de ese mundo? Tanto más que en ellos sobrepasaba el número de mujeres al de los hombres. Lo que se aprende en tales campañas —y desgraciadamente no sólo en ellas— es convertir al marido en animal doméstico o en simple fante. Es por eso que antes de tenerse mujeres electoras, debemos tener madres conscientes, que sepan dignificar al marido y dignificarse ellas mismas, contribuyendo con todas sus fuerzas y con todas sus facultades a la paz y felicidad de sus hogares. Obvio es decir que en este caso tampoco hará falta que ellas sean electoras”.

Fué muy aplaudido. Entonces uno más solicitó el turno de hablar, el que le fué concedido por el presidente al decirle:

—Tiene la palabra el representante Ixlajé Macachí. Se pone éste en pie y dice:

“Hermanos: Al haber pedido la revisión del artículo por el que quedó abolido el derecho que se concedía antes a la mujer de votar en los sufragios, no fué con intención de ir contra nuestra querida tradición, pues, ni contra los

atributos y buenas costumbres de la mujer, y menos contra la estabilidad de los hogares, ¡Dios me guarde! Sino, pues, que creía honestamente que el otorgamiento de aquellos derechos significaba, pues, un adelanto hacia una civilización superior, y de buena fe no quise que mi amada patria, a quien amo más que a mi vida entera, se quedase atrás con respecto a aquellos países que gozan de tales adelantos, porque yo soy verdadero patriota, y doy la vida, pues, por mi patria, cuyo polvo beso de rodillas como besar los divinos pies del Señor. Pero esos oradores que brillantemente argumentaron contra mi propuesta, me han hecho ver el error en que yo estaba, me han abierto los ojos, y diástiro me han iluminado. Sobrada razón han tenido para darme a entender que un país no es civilizado, pues, sólo por el mero hecho de poseer un cuerpo de leyes superiores, sino, pues, según los hábitos, usos, mañas y costumbres de ese pueblo, porque los juicios son basados en los meros hechos, no en meras palabras. Estoy, pues, convencido de la razón en que abundaban mis arguyentes, y, para seguir siendo honesto, pues, retiro mi moción que originó estos debates, vaya”.

Sonaron aquí y allá algunos aplausos, en tanto un mi vecino de la barra comentaba quedo: “Hasta que al fin tocó la flauta...”

Y se hizo una breve pausa que el Presidente del Organismo cortó al decir, dirigiéndose al diputado que acababa de hablar:

—Interpretando el sentir de todos, se acepta el retiro de su moción, representante Macachí, y se someten a votación las votaciones de los representantes Iboy Cujajay, Xocoy Pop y Xuruy Cubulé, en su orden. Levanten la mano los que estén de acuerdo con ellas. (Todos la levantan, y el presidente resuelve): Quedan dichas mociones aprobadas por unanimidad.

A los aplausos del público siguió un largo silencio, tan largo que hasta le pregunté al oído del diputado que me quedaba más cerca cuál era el motivo de ello. Y él me explicó, siempre en voz baja:

—Seguramente la mesa directiva está poniendo en orden el próximo tema de la agenda. Y, por lo que hace

al silencio que usted nota, se debe a que los Padres de la Patria no deben hablar cuando están en sesiones sino para proponer, aceptar o bien rechazar mociones. Nada más. Así se evitan las divisiones o distanciamientos que siempre han ocurrido en el seno de los Congresos de las naciones democráticas, cuando se habla como loros.

Su respuesta me satisfizo y, dándole la gracias, volví a mi puesto de observador, satisfecho, además, por haber descubierto que la singular negrura que presentaban los bigotes de estos señores se debía a la acción de una pasta que llaman "cosmético", según alguien me aclaró después, y que siempre han acostumbrado aplicarse debajo de los pocos pelos que tienen por bigote, en sus reuniones de sociedad. Y yo me pregunté por qué no habrían hecho lo mismo con la barba... Pero ahora se levantaba el secretario con un voluminoso rollo de papeles en la mano, diciendo:

"Ha llegado el turno al proyecto que elaboró la comisión de agricultura del Congreso sobre leyes agrarias, el que se pone a discusión artículo por artículo. El primero reza así: "Dentro de los límites geográficos de la República, las tierras son del guatemalteco que las cultive, no debiendo nadie tener más tierras que las que pueda cultivar de una vez..."

El presidente le interrumpió al hacer sonar el timbre, explicando después:

"Les ruego perdonar, pero a esta mesa acaba de llegar, para su inmediato conocimiento y discusión, un asunto de trascendental importancia. La sesión entra en receso por diez minutos, mientras se desaloja al público, debiendo reanudarse luego a puerta cerrada".

Nos miramos unos a otros, sorprendidos, y luego iniciamos el desfile hacia la calle, lamentando por mi parte aquella interrupción que me vedó seguirme instruyendo en tan notable escuela, aunque sí había quedado capacitado para decir que con diputados de tan buen calibre, prescindiendo del amigo Macachí, este país irá lejos.

Y, para llegar pronto a casa, me vine a pie, pues los coches van tan sobrecargados que ya caminan para atrás por irse desarmando en el camino. Empujando al suyo vi

al cochero que me llevó de ida, aunque él, si me vió también, hizo como que no me conocía.

Al verme llegar, la señora dejó la cocina y se vino a mi encuentro para preguntarme con todo su interés:

—Y bien, ¿qué dice ahora? ¿Quedó convidado?

Hice un esfuerzo y le contesté:

—¡Oh no, señora! ¡Si no tienen ni barbas...!

—¿No se lo dije yo? Me alegro que se haya desengañado.

Sí, estoy desengañado y hasta decepcionado, pero con respecto a mí mismo: ¡soy un mentiroso!...

Sin embargo, no quise quedarme sin contarle lo de la sesión secreta que tanto me había intrigado, pidiéndole al final que me diera su opinión; pero ella no sólo se negó a aventurar juicio alguno, sino que, quitándole toda importancia, se pronunció contra mi afán de averiguarlo, diciéndome medio sonriente:

—Yo que usted me olvidaba del asunto y no me seguía ocupando más de unas sesiones que, públicas o privadas, no pasan de ser corrillos de indios. Y a mí lo que me tiene cuenta es ir a acabar de guisar, que ya es tarde.

Yo quedé con esta pena más, o sea la de tener que seguirle ocultando lo que pienso y siento, debiendo guardar sólo para mí estas preciosas experiencias que más le atañen a ella; lo que gravita dolorosamente sobre mi conciencia... Y fué para aliviarme de esto que me fuí al jardín y corté la rosa más púrpura que allí había y que estaba aún en capullo, ofreciéndosela al tiempo de sentarnos a la mesa. Mi temor era que fuera a preguntarme cómo es que hice para haber dado con sus rosales, pero no me dijo nada, aparte las gracias; y, luego de aspirar su rico aroma, se la dejó prendida en el cabello. Y, más que flor, me pareció una estrella de fuego brillando desde el cielo castaño de su cabellera.

Hora: 18.00.

Esta tarde escribí un soneto titulado: "Estrella de fuego". No sé qué me dió el escribirlo. Voy sospechando

que aquella flor haya sido la responsable. Pues si es así, deberé hacerle nuevas correcciones, hasta dejarlo digno de tal flor.

Enero 5

Jueves.

Hora: 11.30.

Escrito está que, mientras tengamos vida, difícilmente encontraremos sosiego en este país, y pronto habrá que envidiar a los muertos. ¿Qué estará pasando ahora? Estoy llegando de la calle adonde fui a buscar buenas razones para tranquilizar a la señora, que amaneció un poco nerviosa, nerviosismo que ahora yo también comparto, pues las razones que encontré me quitaron el sosiego que tenía. He aquí los hechos:

—Tengo el presentimiento que algo grave está por suceder —me dijo ella cuando desayunábamos—. No tengo idea de lo que pueda ser, pero me siento como en el preludio de una tempestad, y mi corazón no me engaña. Esta mañana —prosiguió— me desperté bien antes que amaneciera y ya no pude dormir más, por más que quise. La causa ignoraba, como ignoran las aves por qué se inquietan y tratan de huir cuando baja la columna del mercurio en el barómetro; pero el hecho es que no podía dormir. Y en cuanto recordé lo que usted me contó ayer acerca de la sesión secreta del Congreso, mi nerviosidad aumentó, como si ambas cosas estuviesen relacionadas entre sí. Y empecé a preguntarme cuál pudo haber sido el asunto que habían tratado con tanto misterio, y qué resolución tomarían, respuestas éstas que tal vez no conozcamos hasta en el momento último, cuando ya no tengamos ni la más remota posibilidad de escapar. Es terrible, ¿verdad? Y, a esa hora, mis aprensiones eran iguales a las que sentimos en aquellos días cuando estos indios tenían bloquea-

da la ciudad, ¿se acuerda? Y volví a ver la espada, quiero decir el machete de ellos suspendido sobre nuestras cabezas. ¡Cuántas cosas pensé, Dios mío!... Hasta me imaginé que de aquella sesión iba a salir otra orden semejante a la de Herodes mandando a matar a todos los niños de los ladinos, o como la de Hitler mandando a agensiar a todos éstos. —Como notara la cara de asombro que yo puse, agregó—: ¡Ah!, usted no conoce a los indios ni tiene idea de lo doloroso de nuestra situación actual. Rendidos a discreción, estamos absolutamente a merced de ellos, de nuestros tradicionales enemigos. ¿Se fija? Me acordaba que usted me aconsejó que me pusiera lentes color de rosa para preocuparme menos, pero esta pena es tanto que estoy segura que, con todo y los anteojos seguiríamos mirando todo oscuro, todo negro, todo del color de la peor suerte, por lo menos hasta que no conozcamos el asunto que ellos trataron con tanto sigilo.

“Al fin no me aguanté más y me levanté a revisar puertas y ventanas a ver si estaban seguras, a pesar de que tenía el consuelo de no hallarme sola en la casa, y que usted estaba aquí por si pasaba algo. Después me acosté; y, ¿cree que pude dormir? Pero ni un momento. Me levanté otra vez y vine a ver qué averiguaba en el radio; pero primero amaneció que averiguar nada; y mis nervios siguen de punta. ¿No le pasa a usted lo mismo? ¿No siente en el ambiente algo extraño, algo así como una amenaza oculta y misteriosa y que nos hace sentir como si camináramos de noche y en terreno desconocido, sin arma y sin luz, y sabiendo que las fieras merodean hambrientas en la vecindad? ¿No siente usted así?

Su ansiedad era tanto que llegué hasta desear la trompa del elefante para husmear el aire. Y me resigné a serle franco diciéndole que no husmeaba, ¡perdón!, que no sentía nada que me hiciera esperar nada malo. Pero ella insistió:

—¿De veras? ¿Nada malo espera?

—Me parece que no —le dije, con humildad creciente—. Y creo difícil que alguien pueda emitir leyes más o menos buenas, es decir, más o menos equitativas y hasta medio religiosas, y pueda a la vez llevar a cabo asesinatos

en masa de esa naturaleza. Yo supongo que es incompatible...

—No, señor ingeniero, y perdone que lo interrumpa, pero usted está equivocado. Y está equivocado porque no conoce a los indios. A usted le hicieron sufrir ellos no más que por tres días: a nosotros ha sido por toda la vida, obligándonos, por sus malos instintos, a vivir en un país —nuestra patria— sumergido en la miseria, incapaz de progresar debido al contrapreso que ellos hicieron eternamente, y pasando vergüenzas por lo que pudieran pensar los extraños que de seguro nos echarían la culpa a nosotros, siendo que esa culpa era de éstos, que ni por todo el oro del mundo querían civilizarse. ¿No se fijó usted cómo los ladinos vivían afanosos por demostrar un orgullo tan grande como el que mostraban, hasta hacer creer que eran insensibles? Y ¿a qué cree usted que obedecía eso? Pues precisamente al deseo de encubrir la pena de esa vergüenza. Por eso es posible decirse que no hubo nunca entre ellos ninguno que a conciencia haya podido llamarse feliz —feliz en su acepción corriente, y conciencia en un concepto poético—, salvo cuando acudían a las bebidas espirituosas. Y observe ahora que esa pena que antes sufríamos, con todo y lo grande que fué siempre, resulta como juguete en comparación con la de hoy, que hasta el sol nos han quitado y ya no por un día: ¡quién sabe hasta cuándo!...

Se quedó un rato callada, ensimismada en su dolor y con los ojos bajos. Temí que fuera a llorar, pero su valor puesto a prueba tantas veces, la sostuvo. Recordé entonces que si tales ladinos habían podido tener talento y comprensión de muchas cosas, era siempre que estas cosas no se relacionasen con la casta que viste traje típico, porque en lo referente a ésta ya no veían ni comprendían nada. Les pasaba, pues, lo que a Don Quijote: cuerdo en todo lo que no tocase con la caballería andante, aunque con esta diferencia: que mientras éste amaba el lado de su cojera (y por eso era idealista), aquellos aborrecían el suyo. De donde más exacto será decir que dichos ladinos sufrían una especie de alestesia casi general (alestesia emotiva, alestesia intelectual, etc., excluyendo la sensual)

con respecto a los aborígenes, a los que colocaban en el lado opuesto al sensible, para insistir en no comprenderlos. Desgraciadamente para ellos mismos, ignorarlos era su máximo error, porque aquí la mayor parte de las cosas, si no todas, se relacionaban inevitablemente con tal casta... Y mi primer impulso, al verla tan triste, fué decirle palabras de consuelo, pero temí herir su susceptibilidad; pensé entonces en recomendarle algún calmante para sus nervios, quedándome, por último, sin decirle nada. Ella concluyó, sin levantar sus ojos del mantel:

—Ah, si pudiéramos saber cuál será el próximo paso que darán los indios! ...Sólo así podría tranquilizarme. Pero sé que eso es difícil para nosotros, pues equivaldría a conocer el secreto de aquella sesión.

Entonces le propuse:

—Si usted me permite, voy inmediatamente a tratar de averiguar qué es lo que motivó el secreto de tal sesión y qué resultó de ella. —Y para evitarle la molestia de agradecérmelo, agregué—: No olvide que yo también ardo en deseos de saberlo.

—Gracias, señor Johnson —musitó ella—. Ya sabía que podía contar con usted...

Y ¿cómo no?, si por alegrarla y oírla canturrear de nuevo haría todo lo que estuviese de mi parte. Y heme aquí puesto en camino sin saber para dónde ni a quién debía buscar para informarme de nada. Y así fué cómo inicié la más fantástica de mis pesquisas.

Aunque no estaba en posibilidades de regalarme paseos en coche, no obstante subí en el primero que me salió al paso, pues sabido tengo por experiencia que los conductores de transportes, como los peluqueros, siempre están bien enterados y, lo que es más, bien dispuestos a hablar sin reservas. Me había sentado al lado de otros dos pasajeros indígenas que allí venían, los que, callados y cabizbajos, parecían haber retornado a sus malos tiempos. Todo esto era muy extraño. Y cuando les pregunté acerca del motivo de su abatimiento, se hicieron los destendidos. Más aún: que no eran ellos los únicos de tal apariencia, pues todos los peatones que iba encontrando se veían un poco más pálidos y más serios que de costumbre, silencio-

sos y de prisa, y esto último sí era digno de tomarse en cuenta como síntoma inequívoco de su preocupación. Miré al cochero, que era ladino, y al recordar que ni siquiera me había preguntado adónde iba, como si nada le importase que en alguna parte tuviese que bajar o no bajase en ninguna, empecé a inquietarme yo también, preguntándole en tal momento:

—¿Qué es lo que pasa, cochero? Parece que todos se conducen como si percibieran el tic tac del reloj de una bomba de tiempo.

—Eso mismo —me contestó— he observado yo. Pero no sé nada, usted, y diera mi coche por saberlo.

¡Ah, con que era cierto que había algo que afligía no sólo a la señora, sino a la población entera!... Y, sin poderme contener, volví a mirar en torno, como buscando ahora el refugio contra esa bomba. Uno de los pasajeros dijo de pronto:

—Aquí me quedo.

—Y yo también —dijo el otro.

El carruaje paró junto al arco de la plaza de la Primera República, que era el único que conservaba siquiera su impassibilidad de madera, y ambos pasajeros bajaron, cancelaron la paga y se fueron por distintas direcciones con su paso de trote.

Al quedarnos solos, el otro me preguntó:

—¿A dónde lo llevo, míster?

¿Qué dirección podía darle? Habría deseado ir a ver a mi amigo el cónsul, pero sabía que él estaba fuera de la ciudad. ¿Qué hacer, pues?

—Lléveme adonde usted crea que podremos ver u oír algo que nos dé la clave de este misterio.

—Muy bien. Vamos a desengañarnos. Pasaremos primero por el cuartel de la Guardia de Honor, que es de donde siempre han provenido las sorpresas, y después daremos un vistazo por el aeropuerto del Ejército...

Dió un sonoro latigazo a las bestias, y el coche, que ya había empezado a caminar, se lanzó a la carrera como el que teme perder el tren.

Pronto llegamos a ese cuartel que reconocí en seguida, rodeado en un mar de recuerdos, deteniéndonos apenas un

momento al pie de sus murallas y al borde de ese mar. Pero hoy todo estaba en calma. El centinela, de polainas y rifle al hombro, se paseaba confiado sobre el andén, mirándonos con toda indiferencia. ¿Qué, estaremos todos equivocados? ¿Habremos sido sin saberlo víctimas de algún Mandrake?... Pero el cochero volvió a azotar los caballos y enfiló hacia el aeropuerto, deteniéndose el tiempo justo para recoger o dejar pasajeros que lo abordaban en el camino. Mas no hizo falta llegar hasta el campo para darnos cuenta que aquí si había enorme actividad, pues desde a mucha distancia podían verse a los aviones de la Flota bajar y elevarse otra vez, entre horrisono trepidar de motores. Cuando llegamos hasta allá encontramos a numeroso puebló —indígenas, extranjeros y ladinos que habían salido al fin de su escondite— que miraban igualmente perplejos, aunque entre estos ladinos había ya algunos que se dedicaban a crear o inventar las noticias o informes que no podían encontrar en otra parte y con las cuales trataban de explicar el misterio a los demás, sin importarles que fuesen o no creídos, pero que al menos tenían tales “bolas” el valor de ser la expresión de lo que ellos deseaban que sucediera. De éstas, sin embargo, seleccioné dos que creía dignas de registrar, no porque las creyera más veraces, pues se contradecían allí mismo, ya que en el camino no relucía ni una sola bayoneta, ni porque simpatizara más con ellas, sino para tener alguna dirección en que orientar mis pensamientos. Por la una se afirmaba que los ladinos exilados en México habían al fin conseguido armas clandestinamente y entrado a paso de vencedores al Petén, y por la otra se aseguraba que, armados ya no en México, sino en Honduras, habían desembarcado en el nuevo puerto de Sto. Tomas e invadido Izábal y parte de Zacapa. Y como en toda acción de guerra hay bajas, la falta de bajas en la aviación se la explicaban diciendo que por ser ladinos los pilotos, éstos no estaban sino haciendo creer que peleaban contra los invasores. Y concluían que ya pronto iban a quedar libres del “yugo de los indios” a los que ahora “liquidarían para siempre”.

Por su parte, el auriga, que se las daba de hombre listo, hasta juró “¡por Dios!” para convencerme que la

verdad era la que él se imaginaba, o sea que el gobierno chapín estaba realizando a punta de cañón la unión centroamericana.

—¡La unión por la fuerza! Pero ¿quién pudo decirle eso?

Se me acercó aún más, y con mayor misterio me dijo:

—Entre esos aviadores tengo un mi amigo y...

—Pues su amigo lo ha engañado, porque eso no puede ser.

—¿Por qué, míster? ¿No ve que cuando las cosas no se pueden por bien, hay que hacerlas por mal?

—Eso es lo que no es posible. Sepa usted que, voluntariamente, los pueblos nunca retroceden en la historia. Y eso que usted dice significaría el retorno a Barrios, y a Morazán, y a Jerez, y a ...

—Tal vez usted tenga razón, pero yo le voy a decir una cosa, y es que aquí todas las cosas son posibles: "se han visto muertos acarrear basuras"... Y los indios, usted, los indios son brutos, muy capaces de recular hasta topar, y tan numerosos que para ellos perder un milloncito en acción bélica no es perder nada.

Con las palabras del Reformador en mi mente, palabras que habían adquirido el valor de bíblicas, casi lo despedido con un desprecio; pero recordé que le estaba debiendo por lo menos dos carreras, y faltaba la otra del regreso. Debía, pues, contemporizar con él, y así lo hice:

—Pero diga, señor: ¿de dónde sacó su amigo esa historia? ¿Acaso ve usted señales de una empresa de tal envergadura? ¿O le parece que un ejército como el que se ha forjado podría ser ocultado tan fácilmente?

Cualquiera otro hubiera callado con estas razones, pero no esté cohero, tan terco como los que tiraban de su caballo, quien insistió:

—No, yo no podría ocultarlo, ni tal vez nadie, usted; pero eso no quita que los indios puedan. Usted no los conoce: son meros brujos: "vuelan de noche por los aires echando fuego por la boca"...

Estaba claro que todo el mundo conocía a los indios, hasta los cocheros, menos yo. "Usted no los conoce" es una expresión tan frecuente que uno debe estar dispuesto

a aprendérsela de memoria... Y acabé haciéndole creer que me había convencido, pidiéndole a continuación que saliéramos de regreso, lo cual él aceptó gustoso:

—¡O. K. mister! Ahora ya sabemos lo que queríamos.

Y, gracias a mi condescendencia, apenas me cobró el precio de dos carreras cuando me bajé frente al Palacio Nacional en donde quise hacer nuevas averiguaciones, pues temía que la señora, que había mostrado poseer tan notable poder intuición, se negaría a conformarse con sólo saber que lleva piedras el río porque suena: ella quedaría satisfecha hasta no haber tomado para su examen siquiera una de tales piedras. Pero en el palacio no trascendía nada extraordinario. Todo, excepto el consejo de ministros reunido en aquella hora, estaba en orden y sosiego, sin ninguna actividad de aquellas que revelase la menor sospecha de llevar algo bajo las aguas, a pesar de haberlo recorrido en todas direcciones. Por último me dije que, si algo grave estaba ocurriendo, estos hombres de hoy saben guardar su secreto. Dejé, pues, el palacio, y seguí a pie hasta la casa, apenado de no haber podido cumplir satisfactoriamente con el encargo de ella que estaría esperando confiada. La encontré pegada al radio, y más intranquila que como la había dejado. Sin palabras para preguntarme nada, sólo me quedó mirando con toda la ansiedad posible. Fué entonces que me di cabal cuenta del significado de mi fracaso, de todo el alcance de mi desmentida eficiencia; y, con la turbación de esta pena, contesté a su muda interrogación:

—Lamento, señora, haberla defraudado; pero fui incapaz de obtener otra cosa que rumores vagos, carentes de veracidad y, por ende, de interés.

—¿Sí? ¿Qué rumores son esos?

Le conté lo que había averiguado, incluyendo hasta el invento del cochero, y ofreciéndole, al concluir, que dispuesto estaba a reanudar inmediatamente las indagaciones hasta traerle la verdad; ofrecimiento, por lo demás, heroico, pues bien sabía que ya no contaba para dos carreras en coche.

Ella, que me había escuchado en silencio, me preguntó entonces:

—Y esos rumores ¿los recogió de los ladinos?

—Sí, señora, pues los naturales han perdido hasta la lengua, del miedo que tienen.

Y apenas dije estas palabras, la vi transfigurarse, recobrando su alegría y entusiasmo, al grado de dejarme pasmado. ¿Qué era lo que yo había dicho? Y la oí exclamar contenta:

—¡Gracias a Dios! Quiere decir que, prácticamente, nada tenemos que temer nosotros.

—Pues si usted se alegra, yo también —le dije, sintiéndome mucho mejor, aunque sin comprender qué era lo que había pasado. Ella fué a explicarme:

—Es que para mí lo importante ha sido, querido amigo, saber que también los indios temen como nosotros, pues eso nos revela que la amenaza es para todos, y si es para todos es para ninguno, porque ellos no van a hacerse daño a sí mismos. ¿Se fija?

—¡Admirable! —y tres veces repetí—: ¡Admirable! Ella siguió diciendo:

—¡Cómo le agradezco, ingeniero, este nuevo servicio! A usted le debo ahora mi tranquilidad. Fíjese que desde que usted se fué, he pasado oyendo el radio a ver si podía averiguar algo. Y ¿cree que pude? Las difusoras nacionales, que ahora tienen dos, no dicen una palabra, como si en verdad no estuviera pasando nada, sino que en su lugar están difundiendo música selecta, con explicación e historia de cada composición que tocan, según el nuevo programa cultural que los indios, que se creen maestros, están poniendo en práctica. Pero ahora ya nada necesito saber.

—¡Cómo! —Y le pregunté, otra vez sorprendido—: ¿No quiere saber más? ¿Y si el país entrara en guerra con...?

—Eso deseáramos, señor Johnson —me interrumpió—, que ellos entren en dificultades con alguien, y que salgan perdiendo. Así la ganancia es nuestra.

A esto ya no tuve nada que objetarle, porque volvieron a mi memoria las palabras del sabio Xirúm Ij: “El bien de ellos era nuestro daño, su prosperidad nuestra desgracia; su éxito en cualquier aspecto de la vida era

nuestro fracaso..." Pero ella detuvo el curso de mis pensamientos al decirme:

—¿Quiere leer el periódico? Está sobre el radio. Y voy a preparar el almuerzo porque al fin tengo hambre. —Desde la puerta añadió—: Le anticipo que no dice nada el tal periódico, por si no quiere perder su tiempo en cosas inútiles...

Hora: 16.30.

¡Caramba! Si no eran simples piedras lo que llevaba el río, sino peñascos, y de mil kilos cada uno. ¿Cómo habrían hecho para ocultarlos? Esto sí me parece obra de magia, pero a los del gobierno más los creo locos que magos, con la locura de Don Quijote arremetiendo contra los molinos de viento.

Veamos qué pasó.

Acabábamos de almorzar, poco después de medio día —almorzamos temprano porque a ella le dió hambre—, y ya en paz me dirigía a mi cuarto a dormir mi siesta, cuando el radio, que había quedado abierto para disfrutar de los nuevos programas culturales, dió de pronto la noticia que electrizó corazones y cerebros. El radiofonista, con voz temblorosa, por la emoción, dijo así:

“¡Atención, ciudadanos de la Nueva Guatemala! Queremos informaros que a las seis horas de hoy, medio millar de voluntarios guatemaltecos, jóvenes e idealistas, en representación de su pueblo y llevando por toda arma pequeños transmisores de radio, invadieron en su rescate a nuestro territorio de Belice detentado por la Gran Bretaña. Conducidos por nuestros aviones de transporte, bajaron con paracaídas sobre las principales ciudades y pueblos y las principales aldeas, en donde recibieron amorosa acogida por parte de sus hermanos de raza: beliceños no menos heroicos que, al darse cuenta de lo que ocurría, unos fueron a tocar las campanas y otros a poner en prisión a los funcionarios británicos cogidos de sorpresa; y todos, al grito de: ¡Viva Guatemala! ¡Viva la Libertad!, reconquistaron para sí su propio terruño. Y cuando las

nobles guarniciones beliceñas intentaron entregar sus armas a los nuestros, recibieron la respuesta de que esas armas seguirían en manos suyas porque la nuestra no es una invasión belicosa, sino animada de la más pura fraternidad. Nuestros muchachos no vestían uniformes militares, sino los colores de nuestra sacra bandera; ni llevaban para su defensa escudos de acero, sino el escudo del pabellón nacional. No es una invasión brutal, en sangriento reto a la civilización, sino con los ideales de humanidad y justicia, y con la conciencia de nuestro derecho histórico jamás desmentido: ideales de conciencia que son los mismos de la América toda y de todos los pueblos que respiran justicia sobre la faz de la tierra.

“Esos quinientos muchachos de brazo desnudo pero con fragmentos de Juana de Arco en el pecho, voceros de la conciencia guatemalteca, iban decididos, en holocausto a la patria, a encender quinientas veces con su propia carne la hoguera de Ruán; pero el entusiasmo con que fueron acogidos por aquel pueblo hermano que los aclamó como a libertadores suyos, ha evitado hasta ahora la eclosión de esas hogueras. Mas no debemos olvidar que si nuestra bandera flamea ya en todos los mástiles donde antes ondeaba la de la Corona, aún es posible que, obligados por la amenaza de la armada, tengamos que arrearla nuevamente, dejando que la fuerza siga imperando sobre el derecho.

“En esta hora de prueba, queremos confiar en que no estamos solos: confiamos en que los pueblos hermanos de América estarán con nosotros, y que los demás pueblos que desean el imperio de la justicia en todos los rincones del mundo no se cruzarán de brazos, indiferentes, ni se quedarán sin interponer sus buenos oficios o su influencia moral porque tal imperio llegue al fin hasta nosotros, guatemaltecos y beliceños, y seamos reivindicados en nuestros legítimos derechos. A ellos apelamos: apelamos al espíritu de justicia de todos los americanos y de todos los hombres de buena voluntad, y apelamos al alma misma del generoso pueblo inglés. ¡Conciudadanos: rogad a Dios Todo bondad porque despierte ahora las conciencias dormidas, y haga brillar para la Patria el Sol de la dignidad nacional!”

Seguidamente ejecutaron el Himno de Hispanoamérica, el que ya otras veces había oído ejecutado hasta por sinfónicas, pero nunca tocado como ahora por temblorosas y modulantes marimbas que derramaban sentimiento como lágrimas y, al mismo tiempo, reciura de luchadores. Era el gesto del que se resiste a perder, mientras lanza su grito de auxilio a los vientos, el grito más entrañable y elocuente que han escuchado los humanos, dirigido a ellos: a los humanos; a los hombres de buena voluntad y pueblos hermanos de la tierra, ante la inminencia del naufragio.

Escuchamos hasta el fin ese himno, y, cuando vino el perifoneador a repetir en dialectos lo que antes había dicho en español, la joven señora comentó:

—Pero, ¡qué locura! ¿Dónde se ha visto...?

No había duda que era locura arrojar en dominio extraño a un grupo de hombres indefensos, como quien arroja ratones a un gato o gatos a un león. Yo le contesté:

—Es inexplicable para mí.

Ella dijo:

—No sólo para usted, que en los indios nada es explicable. ¿Se convence usted ahora? Todo en ellos es sin pies ni cabeza, a menos que —agregó— esos quinientos hayan sido reclutados totalmente entre la clase ladina y sea éste el principio de la liquidación sistemática de todos nosotros...

En ese momento otro locutor, con voz más serena, empezó a relatar toda la larga historia de la detentación de aquel territorio, al par que haciendo la exposición de los derechos guatemaltecos. Resumiendo, dijo que en fecha incierta, pero no antes de 1625, unos tantos piratas ingleses, aprovechándose de lo difícil que fué siempre para España vigilar con eficacia todas las costas de sus colonias, se establecieron ilegalmente en ese pedazo de América que era parte de la Capitanía General de Guatemala y al que aquéllos llamaron, “para alejarla lo más posible de nosotros”, British Honduras. Pero no fué sino hasta un siglo después, por el Tratado de París de 1763, que esa ocupación por primera vez fué tomada en cuenta de modo oficial para darle a los ingleses autorización expresa de

“cortar, cargar y transportar el palo de tinte o de campeche” que hasta aquí venían haciéndolo piráticamente, en una extensión de seis kilómetros cuadrados, autorización que fué revalidada por el Tratado Definitivo de Paz de 1783 en el que además se fijaron límites a la concesión, límites que fueron ampliados por la Convención de Londres, pero asentándose siempre, una y otra vez, que es “incuestionablemente admitido que los terrenos de que se trata pertenecen todos a la corona de España”. Y cuando en 1821 los Estados centroamericanos ganaron su independencia, asumieron éstos la soberanía sobre sus antiguos territorios en virtud del principio de “*utis possidetis*”, Belice, que había formado parte de la Capitanía General de Guatemala y que a la fecha ya había alcanzado una superficie de 22 mil kilómetros cuadrados a costa, desde luego, del territorio guatemalteco, afectado por la aplicación de aquel principio, vino a ser parte integrante del Estado de Guatemala. Y como los Estados nacen a la vida internacional libres de obligaciones, Inglaterra perdió todos los derechos que pudo haber tenido sobre Belice. Y si es cierto que por el Tratado de 1859, además de fijarse los límites a ese territorio para cortar su incesante expansión, renunció Guatemala a sus derechos sobre esa parte de su propio territorio, tal renuncia fué a condición de recibir en compensación una vía de comunicación entre esta capital y el Atlántico, pasando a través de Belice y construida por la misma Albión; Tratado que perdió todo valor al negarse después Inglaterra a cumplir con dicha condición, y más cuando Guatemala, basada en tal incumplimiento declaró su caducidad en 1938. En 1940, sin embargo, ambos litigantes pudieron convenir en someter el caso al laudo del Tribunal de Justicia Internacional, pero discrepando en cuanto a la forma, pues Inglaterra proponía que se restringiera la materia arbitrable —que para ella es solamente un Tratado de Límites— a la pura interpretación jurídica de este Tratado, o sea con las limitaciones del derecho positivo, a lo que se negó siempre Guatemala porque, según ella, ese Tratado es de Cesión Territorial. Y fué esta diversidad de interpretación lo que alejó todo posible acuerdo entre las partes porque el Tribunal, antes

de arbitrar, debía examinar el fondo de la cuestión, es decir, los orígenes mismos de la controversia —fórmula *ex aequo et bono*— para saber cuál interpretación era la correcta, lo cual no pudo nunca aceptar Inglaterra que bien sabe que ella no conquistó a Belice; y si los derechos de España, y los de Guatemala después, no pudieron haber prescrito en favor de Gran Bretaña, se deduce que antes de 1859 no podía ésta ostentar ningún título para la tenencia del territorio en disputa, ni siquiera del territorio circunscrito en los primitivos convenios de 1783 y de 1786, dado que Guatemala no fué parte en ellos. Por consiguiente, la Convención del 59 es el único título legal que ella puede ostentar, el cual resultó anulado por ella misma al no haber cumplido con la obligación compensatoria de dicha Convención.

Y siguió diciendo:

“Finalmente, el actual gobierno de la Nueva Guatemala se esforzó también por convencer al del Reino Unido, en pláticas sostenidas en los últimos días con su representante diplomático, a que aceptara el arbitraje bajo la fórmula *ex aequo et bono*, con equidad y buena fe; pero, como los anteriores gobiernos guatemaltecos, nosotros también fracasamos, recibiendo una vez más sus arrogantes palabras: “A nada conduciría seguir tratando del asunto”. Pero ¿cómo seguir tolerando el afrentoso dolor de los que sufren en manos extrañas, siendo ellos nuestros hermanos? ¿Cómo desoír sus clamores y sus llamados, y cómo disimular nuestro vehemente deseo de verlos también a ellos libres y felices como nosotros?... Significa, pues, que ha llegado la hora de accionar, con el valor de los héroes; el momento de dar el paso al frente, con la fortaleza de las apóstoles, a sabiendas de nuestra pequeñez como potencia: que si de Gran Bretaña es el poder, de Guatemala es el derecho. Esperamos y confiamos en que los demás pueblos hermanos se apresurarán a ocupar el lugar que les corresponde, como ramas del mismo árbol y aguas del mismo río”.

Y después de haber dicho que el siguiente boletín será dado a las 18 horas, volvimos a escuchar el sentido himno de Hispanoamérica.

Pronto hice girar las agujas en busca de la estación de Londres y enterarme cómo había reaccionado John Bull. Y lo que oímos por medio de la BBC nos dejó helados. Con palabra airada, el vocero denunció a "ese grupo de extremistas irresponsables que torpemente tratan de alterar el orden y la paz del mundo, con la temeraria ayuda del inexperto y novato gobierno de Guatemala" ante el cual, agregaba, había presentado ya el gobierno de Su Majestad su más enérgica protesta, haciéndole, además, responsable de las consecuencias que pudiesen derivarse de tal acto de provocación. Y como si todo esto fuese poco, terminaba dando cuenta que unidades capitales de la Armada, acompañadas por unidades menores y algunos transportes, saldrían inmediateamente con destino a la colonia beliceña para hacer respetar los derechos de la Corona e imponer el castigo a los culpables.

—¡Ave María Purísima! —exclamó ella asustada. Realmente que había sobradas razones para invocar a la Divina Providencia.

Ella siguió diciendo, sin lograr salir del susto:

—¿Ve usted? Para esto era que querían los indios el poder: para acabarnos de hundir. ¿Qué estarán creyendo que chocar con los ingleses es lo mismo que chocar con los ladinos o con alguna otra nación de Centroamérica? Porque yo esperaba que el lío iba a resultar con alguna de éstas; pero con Inglaterra, ni por pienso. Y ahora, ¿qué va a ser de nosotros?... —Me quedó viendo, con sus brazos cruzados, y continuó—: he aquí sus frutos, el producto de su torpe inexperiencia y de su absoluta ignorancia, advenedizos que no tendrán ni el perdón de Dios.

Si hubieran leído un poco de historia, habrían sabido quién es Inglaterra y qué clase de zarpazos da ese león cuando lo enojan. Ahora lo sabrán en carne propia, pero también en la carne nuestra porque todos somos guatemalenses. ¡Quién lo diría!... Y lo que es esa colonia, ya verá cómo sus límites se ampliarán ahora hasta abarcar nuestra misma capital. ¡Qué Dios se apiade de nosotros!...

Seguidamente, un avión pasó volando muy bajo, casi a ras de los tejados, y en silencio nos miramos, acaso pen-

sando si no sería ese de la R. A. F... Pero pronto volví en mí y me dije: "¡Vamos! Dejémosnos de temores y apliquemos un poco el análisis a la situación. Aparentemente, ésta es más que quijotesca: es trágica; pero, ¿lo será realmente? No puede ser, porque eso equivaldría a admitir que nuestros hombres de la cosa pública son todo lo torpe que dijo la señora, lo cual encuentro en pugna con lo que yo he observado y aprendido de ellos, y con lo observado también por de Valois, y por el clero, y por todas las naciones de la tierra. No puede ser que todos estemos equivocados sobre el mismo sujeto. Por de pronto podemos ver que los del gobierno escogieron un momento oportuno para la invasión, cuando los fanatismos en general han venido a menos por el grado de evolución alcanzado ya por los humanos. ¿Y si a esto agregamos la ciencia aplicada de la astrología que seguro habrán consultado?... Todo esto indica que ellos no pueden estar equivocados. Luego...

Y me volteé a decirle:

—En honor a la verdad, señora, y no sólo para consolarla, yo no creo que eso pueda suceder. Sucediera, sin duda, si viviéramos todavía en el mundo de ayer que, por suerte, ya pasó, el cual se caracterizaba por los orgullos patrios o intolerancias nacionalistas de las masas que interesadamente fomentaban los líderes, enmascarados por eso que llamaban "honor nacional" —aunque en lo individual no tuviesen ningún honor—, orgullos y honores que anteponían a todas las cosas haciéndolos presidir actos y pensamientos en la medida que el individualismo —oscurantismo o ignorancia— imperaba en la vida privada, todo lo cual predisponía y empujaba a los hombres a destruirse unos a otros en conflagraciones cada vez más globales, como tuvimos un día ocasión de hablar. Pero en los tiempos que corren, si bien las guerras siguen siendo posibles, y el paso dado por este gobierno es uno de siete leguas en tal sentido, son no obstante menos probables que antes. La opinión de los pueblos de hoy, más cultos y, por ende, más razonables, no sólo sabe hacerse respetar mejor por sus gobernantes, a los que ella misma se impone hasta hacerse difícil hallar en nuestros días que ya podemos lla-

mar de luz un hombre de Estado que se atreva a contrariar esa opinión; sino que ella misma, por tener mejor comprensión de todas las cosas, tiene un corazón bien puesto. Volviendo a nuestro caso, si es cierto que el gesto aislado de Guatemala tiene el significado de una verdadera intromisión en terrenos que podemos llamar ajenos a la luz de los hechos tácitamente aceptados por el mundo entero, no es menos verdad que en tal intromisión no han hecho uso de métodos y tácticas que fueron corrientes en aquellos tiempos, lo cual está acorde con los sentimientos que mueven al mundo de ahora. En otras palabras, no ha habido violencias, rompimientos o soluciones de continuidad, por lo menos en el fondo de tal gesto que hemos supuesto aislado. Donde empieza la dificultad o estriba la posibilidad del fracaso de nuestro gobierno es en saber si dicho gesto es de veras aislado; es decir, si la tácita aceptación mundial de la soberanía inglesa sobre Belice ha hecho conciencia en los pueblos del planeta como para que éstos la consideren legal, o no; porque si la respuesta fuese afirmativa, el gesto mencionado vendría a ponerse en pugna con esa conciencia, quedándose aislado. Este es para mí el quid de la cuestión y del que depende el éxito o el fracaso de la gigante empresa que presenciamos, cuyo remate habremos de esperar para pronunciarnos; pues si quisiéramos desde ahora inclinarnos a un lado o a otro sería temerario. No obstante, si forzoso fuera pronunciar-me ahora mismo, me sentiría más bien inclinado hacia el lado favorable a esta nación, no tanto por sentimentalismo cuando porque lógicamente me parece probable que las repetidas protestas por ésta ante la conciencia del mundo y a lo largo de tanto tiempo contra la detentación de ese territorio, es posible que haya logrado evitar que aquella soberanía haya podido ser sancionada siquiera por la mayoría de los pueblos, y sea ésta la circunstancia que quieran aprovechar los hombres de ahora.

—Y si se ha podido evitar esa sanción, ¿qué? —preguntó, ya más en calma.

—Significa que Guatemala se saldrá con la suya, pues el objeto de esa invasión aparentemente débil y si se quiere hasta ridícula, será el de despertar esa conciencia y

sacar al mundo de su natural indiferentismo hacia las cosas que no le atañen directamente, obligándolo a pronunciarse en el sentido que aquella conciencia le dicte y que en el caso que hemos supuesto lo impulsará a hacerlo a favor de Guatemala.

—Como teoría está muy bien todo eso —repuso entonces—, y ¡qué diéramos por verla funcionando en la práctica! Pero la experiencia ha enseñado, amigo mío, que en el terreno de las realidades las cosas suelen sufrir pequeños cambios que a veces conducen a resultados opuestos. Usted está pecando de un optimismo exagerado al suponer que los hombres han cambiado, amén de haberme parecido ver entre líneas que usted tiene inexplicablemente un muy elevado concepto de la intelectualidad de los indios a quienes usted les concede tanto como para creer que ellos pretenden sacar las castañas (Belice) por manos ajenas. —Y ahora pudo reírse—. Déjeme decirle que para mí los hombres siguen siendo los mismos, y los tiempos también. Para mí son los mismos que usted criticó una vez porque en vez de soñar planeaban, si eran sabios, y si no lo eran, cerraban los ojos a la realidad para insistir en vivir en un mundo absurdo, en el mundo equivocado que arbitrariamente se forjaron. Si queremos ceñirnos a aquella realidad, que es lo que debemos hacer, estamos obligados a esperar que los hombres seguirán indefinidamente pensando con sus estómagos hasta que no suceda el fracaso a que usted se refirió entonces: el casi exterminio de la humanidad por la peor de las guerras, porque entonces el mundo resultará bien grande para los pocos que hayan logrado sobrevivir, y ya no habrá necesidad de apresurarnos como desesperados para encontrar todavía viandas en la mesa. Así es que opino que la gigante empresa a que usted se refirió será el principio de este fin, pues el mundo ahora se dividirá en dos partes, y, aunque sin duda quedarán sobrevivientes por ser inconcebible lo contrario, y que son los que volverán al camino del mundo de las virtudes y la vida sencilla que usted dijo, con toda seguridad no figuraremos nosotros los chapines entre esos privilegiados, porque aquí todos quedaremos eliminados. Y eso sí es penoso, ¿no cree usted?

—Permítame recordarle, gentil señora, que yo no dije que serán absolutamente necesarias las experiencias en los campos de batalla para que la humanidad pueda encontrar el caminito perdido, pues dije que también podrían bastar los simples fracasos de orden científico en los laboratorios para llegarse al mismo fin.

—Sí, bien que recuerdo, pero ante los acontecimientos que se avecinan oigo crujir todo el andamiaje de sus quiméricas teorías. No veo más que a los indios labrando la tumba del país o, en el mejor de los casos, de una parte del mismo al contribuir a ampliar la soberanía inglesa en Guatemala cuando aquella potencia imponga sus propias condiciones...

No sin dolor debí admitir que sus palabras me sonaban a razonables, y yo mismo dudaba a veces de mis propios argumentos que blandía, pues me parecía que estaba imitando a los ignorantes, como ella misma dió a entender, empecinándome en realizar un mundo distinto del verdadero, un mundo más justo, más consciente de lo que podía ser. ¿Acaso no fué ayer lo de Corea? Y si Estados Unidos hizo allí todo lo que quiso, sin poseer ningún título, ¿qué no Inglaterra, que casi tiene uno?... Pero en auxilio de mi original impresión acudían mis anteriores reflexiones: no podía admitir que el mundo entero, incluso los que habían gastado tiempo y energías observando y estudiando a los indígenas, estuviesen por completo equivocados con respecto a estos mismos.. En todo caso, una equivocación de esta clase nadie se la calla, y el más cómodo medio de recogerlas es el radio. Pero ella, adelantándoseme, había empezado ya a repasar el dial registrando una a una todas las estaciones que estaban en el aire, lo que equivalía a pulsar al enfermo para obtener el pronóstico.

Desgraciadamente, eran unas pocas las que en aquella hora agregaban comentarios a sus informes, limitándose las más a dar la noticia de la invasión a secas, escuetamente. Entre las primeras, ni qué decirlo, sobresalían las propias emisoras de Belice en las que se sucedían llamados tras llamados pidiendo al mundo su apoyo moral "contra el absurdo vasallaje que en pleno siglo XX quiere

seguir imponiendo Inglaterra por puro capricho". En prueba de ello agregaba que Belice carece de riquezas en el subsuelo, así como de importancia estratégica para ella, y en cambio es una colonia tan pobre, etc., que "vergüenza debiera darles seguir exhibiendo esta "gema" en su preciosa Corona". Tales llamados, y otros más sarcásticos aún, hechos por el pueblo mismo en tribuna libre, eran solamente interrumpidos por el himno de Guatemala que todos se ponían a cantar sin importarles si sus voces sonaban bien o mal. "Nosotros, auténticos hijos de Belice", decían en otra parte de sus fogosos discursos, "os pedimos, pueblos justos del norte y del sur, del este y del poniente de la tierra, que apoyéis a Guatemala en sus demandas, porque nosotros queremos lo que ella quiera, sentimos lo que ella siente y pensamos como ella piensa. La libertad que vosotros habéis gozado por siglos, nosotros también por siglos no hemos conocido jamás. No queremos amos, aunque sean rubios, ni imposiciones aunque sean "blancas". Queremos, indígenas o caribes, ser libres dentro de la República de Guatemala y dentro de la esfera de los países de Centroamérica, de los que somos parte indisoluble"... Por último decían: "Queremos ser conscientes para tratar y que nos traten como humanos. ¡Naciones libres del mundo! ¡en vuestras manos la historia pone hoy nuestro destino! Debéis decidir si hemos de continuar oprimidos indefinidamente, o si es tiempo ya de sentarnos a vuestra mesa como iguales a vosotros e iguales a los que gobiernan los destinos de la Nueva Guatemala".

Algunos de los otros países de la América hispana se habían ya pronunciado y alineado al lado de este país, pero en otros continentes otros tantos se alineaban en el lado opuesto, como era el caso de la diminuta Ceilán que calificaba de satrapía la presente acción guatemalteca, agregando que esta nación había violado con descaro los tratados vigentes, la Carta de las Naciones Unidas y hasta el Pacto orgánico de las Américas. De igual modo, si no peor, se expresaba Australia al repetir que "si el león tiene garras ahora es el momento de clavarlas en esta taña y sorprendente insolencia de Guatemala"; pronunciamientos éstos que amaraban no poco y desanimaban

aún más a mi buena amiga y protectora, no obstante de saber ella que el primero de estos países es una insignificancia como Estado, pero igualmente sabedora que a pesar de ello su voz pesaba igual a la de los demás en la balanza internacional.

—Tengamos paciencia —le dije, tratando de consolarla—. Es natural que en caso semejante algunos se declaren en contra, pero no olvide que otros países, sobre todo los de la América morena, no dejarán sola a Guatemala ahora ni nunca.

—¿Por qué no? ¿Acaso éstos consultaron con aquéllos antes de dar este paso? Pero aun suponiendo que quijotesicamente nos sigan hasta el fin, ¿qué pueden hacer ellos contra Inglaterra?

Sí, materialmente es poco lo que podrían, pero moralmente son iguales: nada menos. Y muy posible era, en efecto, que este gobierno no los haya consultado de previo; pero ¿hacía falta eso? ¿Era necesario pedir antes el consentimiento a los hermanos para reclamarle lo suyo a otro y poder así contar con la buena voluntad de éstos? ¿No existe acaso una Carta de Bogotá y otras semejantes? Mas ¿a qué invocar tales cosas? si la voz de la sangre está por encima de las conveniencias, y la hermandad sobre los protocolos.

Pero ella se levantó en seguida diciendo que iría a terminar sus quehaceres para desocuparse temprano y estar lista a escuchar el próximo boletín. Y yo entonces me vine a escribir éstas que prometen ser las memorias más emocionantes de cuantas han sido.

Hora: 22.30.

Hemos escuchado el segundo boletín oficial. Los eventos se suceden con lentitud pasmosa, pero las cosas son como son y no como quisiéramos que fueran. En su impaciencia la señora había llegado al radio 20 minutos antes de la hora, de manera que cuando yo bajé la encontré atenta a la Voz de la Nueva Guatemala que, dicho sea

de paso, continúa con su exasperante impavidez desarrollando sus ordinarios programas culturales.

Me senté a su lado, imitándola en su atención al radio, en tanto nuestros ojos iban y venían de éste al reloj y del reloj a aquél hasta que, llegadas las 18, fué interrumpida la música de ópera que emitían para dar paso al himno de Hispanoamérica, esta vez ejecutado por órganos y cantado por un coro de voces que ora se alzaban como embravecido mar amenazando romper los arrecifes y lavar toda la tierra, ora descendía con quietud de claro de luna hasta hacerse ondina que besara la playa; ya era ráfaga de viento que sacudiera y arrancara lamentos a los mansos cocoteros, ya aliento de mujer que en sus brazos arrullase un niño. Pocas veces había escuchado un coro de tan vibrantes e inspiradas voces. Pero ella, que no estaba para eso, exclamaba:

—Yo no quiero música. Yo quiero el desenlace de todo esto, y pronto, antes que me muera de la cólera...

Y a su tiempo, el locutor empezó:

“¡Atención, pueblo guatemalteco y amigos de ultramar! Aquí la Voz de la Nueva Guatemala emitiendo el segundo boletín del día. Ante todo informamos que la situación en Belice está en completa calma, con todas las actividades ordinarias como en suspenso, incluso los transportes de y para ese pedazo del terruño, suspendidos por razones obvias. Y el pueblo beliceño no sabe todavía si su actual liberación será para siempre, o si ha de volver a ser uncido al carro de su secular esclavitud. Y los 60 mil hombres, mujeres y niños que pueblan Belice miran alternativamente de oriente a poniente: del lado del mar donde surgirán los acorazados ingleses, al Sarstún y más del Sarstún en donde han puesto ellos el corazón y el alma. Pero en todas las puertas y ventanas, tanto de los palacios como de las cabañas de ciudades, aldeas y caseríos, ondean al viento nuestros colores nacionales azul y blanco, ya en las sedas izadas por los comerciantes, ya en humildes hojas de papel por los pescadores. Y todos están pendientes de la ayuda de Dios y de los hombres a los que tratan de conmovier ora con sus rogaciones, ora con vibrantes y patrióticos discursos. Pero ya podemos decir

que no estamos solos: nuestras apelaciones a la conciencia del mundo han hallado acogida entre los hombres de todas las razas y de todas las lenguas. A nuestra Cancillería están llegando mensajes oficiales y particulares de adhesión de numerosos países del mundo, hasta sobrepasar todo cálculo. Algunos de éstos, entre los que debemos contar a Turquía, Palestina y Liberia, han afirmado muy razonablemente en sus fraternos mensajes que "en este crucial momento de la historia guatemalteca, quien no esté con Guatemala está contra ella". Y es que el momento que hoy vivimos es para nosotros de vida o muerte, hermanas naciones del mundo; pues ¿cómo podríamos vivir en adelante contentos sabiendo que un grupo de nosotros mismos continúa viviendo en la opresión? Es por eso que ningún pueblo debe ahora guardar silencio ni pasividad, porque entonces se ayudaría al triunfo de la mala causa, Todos estamos obligados a escoger entre la razón y la injusticia, entre el derecho y el abuso, entre la verdad y el error. Obligados a decidirnos entre dar la libertad a un puñado de familias que gimen en su esclavitud, o abandonarlas a su suerte. Es comprendiéndolo así, que muchas naciones han acudido a nuestro llamado y siguen acudiendo, con el derecho pleno que asiste a los hombres libres para reclamar justicia en favor de un país cuyos derechos fueron violados intencionalmente. Por último, que-remos citar profundamente agradecidos, la movilización general acordada por la hermana nación de México, habiendo ordenado a sus tropas tomar posiciones en su frontera con Belice. Finalmente, en Lake Success, la Comisión permanente de las Naciones Unidas, a pedido de nuestro delegado, ha citado a todos sus miembros a una sesión extraordinaria que deberá reunirse a las ocho horas del sábado próximo. Y hasta aquí, amados compatriotas y amigos oyentes del mundo. Estad atentos al siguiente boletín que se emitirá a media noche. Y, confiados, sigamos pidiendo a Dios, desde el fondo de nuestros corazones, que ablande a los hombres y pueda brillar para todos, sin la excepción de los beliceños, el Sol de la Justicia y de la Libertad. Tenemos fe en Dios, en las Américas y en el mundo libre".

Y nuevamente se dejó oír el himno hispanoamericano cantado esta vez con tanta suavidad y dulzura, que casi alivió la tensión nerviosa de la señora, al modo de los ungüentos de miel y aceite, hasta haber cenado un poco mejor de lo que pudo esperarse.

Para suerte nuestra, a la acción balsámica del himno se agregó la de aquellos países que siguieron pregonando su adhesión a este pueblo. Países tan pequeños y lejanos como Pakistán y Lituania, se expresaban en favor de Guatemala, repitiendo trozos de la historia de la dominación inglesa sobre Belice, a veces con errores o exageraciones que al cabo favorecían aún más a Guatemala. Y no he podido menos que admirar la gran popularidad de que goza este país, chiquito en el mapa pero grande en sus hechos. Empero, tales solidarizaciones, ¿compensarán la reserva y aparente neutralidad de los Estados Unidos que apenas han dado a entender que está lista a intervenir con sus buenos oficios? "Eso es lo que no creo", había dicho ella; "los Estados Unidos son los únicos que nos podrían salvar"... Yo he hecho listas separadas de las naciones que hasta aquí se han pronunciado ya por uno o por otro de los bandos en contienda, y me resulta que los favorables a Guatemala hacen mayoría, aunque no muy grande: 16 a favor por 9 en contra. La lucha está, pues, indecisa: necesita este gobierno una notoria mayoría para triunfar: Inglaterra es duro hueso de roer. Y tal mayoría importa alcanzar antes que la flota inglesa, que oí decir que ya viene a la altura de las islas Azores, fondee en las aguas nacionales. Aquí había comentado ella: "Eso es lo que vale: los cañones. Si Estados Unidos continúa neutral, todo habrá terminado". Quiso decir: terminado para Guatemala. Tampoco dió importancia a la noticia de Washington que los diplomáticos de América latina residentes allí hayan deplorado que los ingleses consideren necesario el envío de aquella parte de su flota al teatro de los sucesos, envió "que recuerda los procedimientos que se estilaban en el siglo XIX y más atrás, en vez de haber acudido a otros medios más recomendables a la luz de la actual civilización", porque a ella le pareció que con deplorar no se hace nada; ni quiso dar crédito a mis palabras

cuando le dije que el gesto inglés de mandar cañones podría hasta redundar en bien de Guatemala porque con él se lograría más fácilmente levantar la indignación de muchos contra Inglaterra misma.

—Inglaterra no obedece más que a la voz de las armas —había dicho ella—, y el que no las tenga que se aparte de su camino. Estos indios debieran abandonar Belice. Aún están en tiempo. Después, ya emplazados aquellos, ni en la luna hallaremos salvación. ¿No ve que éstos han puesto toda la carne en el asador?

Ya no le dije más, confiando en que el siguiente boletín prometa más y me ayude a convencerle mejor. Y ya sólo faltan 30 minutos...

Enero 6.

Viernes.

Hora: 11.00.

Hoy no pude evitar levantarme tarde. ¿Qué diría la señora? Eran ya más de las ocho cuando abrí los ojos. Pensaría ella que me tiene sin cuidado el destino de Guatemala, porque en medio de la aflicción de todos yo podía quedarme durmiendo hasta estas horas, cuando la verdad es lo contrario: que ya por este país siento un cariño grande, un amor que no vacilo en llamar patriótico y que difícilmente habrá un guatemalteco que lo sienta del mismo modo: tan hondo como consciente; amor que me ha hecho olvidar hasta el objeto que me trajo aquí: la planta fisioeléctrica, para no tener presente otra cosa que el triunfo de la causa de este país. Pero ella debe recordar que casi toda la noche la pasamos en vela, o más propiamente, en velorio, buscando noticias en el radio, pues el boletín de las 24 nada importante agregó a lo que ya sabíamos, hasta que pasadas las tres de la mañana me vine a

acostar. Y hora al levantarme tan tarde, me habría gustado que a ella le hubiera ocurrido lo mismo; pero tuve el desconsuelo de encontrarla ya junto al receptor y con señales de haberse quedado allí todo el tiempo.

La estación nacional difundía música de Puccini, que en aquel momento llegaba a su fin; era el final de la Tosca, la escena en que el desventurado pintor fué a escribir su último deseo antes de colocarse frente al pelotón de fusilamiento. ¿Se sentiría ella ocupando el lugar del otro? Escuchaba con la frente apoyada en sus manos y los ojos cerrados. ¿Estaría dormida o llorando? ¿Debería aproximarme a consolarla o retirarme en silencio? Pero entonces ella levantó la cabeza y me vió. No había en su rostro señal de llanto, pero sí huellas de una larga y dolorosa vela. Con sonrisa triste contestó a mi saludo añadiendo que ahorita me serviría el desayuno.

Esto me dió tanta pena, que de haber tenido 15 abri-les habrían afluído los colores a mi cara. Y le supliqué:

—Le agradezco mucho, señora, pero por mí no se moleste: no deseo comer nada.

—A usted le pasa las mías —dijo ingenuamente—: yo tampoco he querido comer nada. Pero un jugo de naranja sí nos vendría bien a los dos. Lo tengo ya listo.

De la nevera sacó dos vasos y me pasó uno a mí, que tuve que aceptar a pesar de que estos jugos suelen abrirme mucho más el apetito. Y, mientras lo tomábamos, le pregunté qué buenas noticias tenía. Respondió:

—Decir buenas, es mucho. Ese adjetivo pertenece a otro mundo que no es el nuestro. Para nosotros es sólo lo que no es bueno, porque si es cierto que no hay malas noticias, digo, más malas que las de ayer, también es verdad que esto mismo constituye lo peor: la estabilidad de una situación de por sí inestable, viéndonos en un equilibrio que sabemos precario y que no puede durar mucho. Y ¿verdad que es de admirar que hayamos podido resistir tantas angustias, unas sobre otras? Apenas hace dos semanas, cuando los indios se apoderaron del gobierno, creímos que ya habíamos llegado al fondo de todo lo malo, de todo lo terrible que podía acontecer, y que no podíamos descender más en la dolorosa situación en que estábamos.

Pero estábamos equivocados. Con la amenaza actual vemos que bien podemos seguir descendiendo. Ahora han llegado otros hombres a ocupar el lugar de aquéllos en cuanto a la amenaza, sustituyendo con sus cañones a los machetes, de manera que la zozobra se prolonga indefinidamente y se agrava hasta preguntarnos por segunda vez: ¿Entrarán vencedores también los de ahora? ¡Oh, Dios mío!, ¿qué hemos hecho para vivir eternamente atemorizados? ¿Es que nunca podremos vivir tranquilos? Desde la llegada de los indios sólo son desgracias para el país, y la nueva desgracia es siempre peor que la precedente; porque entre el rubio y el indio, preferimos al indio... Y en esto he pasado la noche, rezando de rodillas rosarios tras rosarios rogando a Dios que no nos permita caer en mayor humillación, porque ya no podríamos resistir. Ya que es imposible recuperar Belice, que al menos no pierda la patria ni en su integridad ni en su soberanía. Así le pedía a Nuestra Señora del Rosario, a N. Sra. de la Asunción y a la Virgen de Guadalupe, con todas mis fuerzas. Al final de cada rezo, volvía al radio a ver si ya había caído la primera bomba. Yo sabía que esto no era posible porque la flota inglesa no podía llegar tan pronto, pero mis nervios se me hacían columpio. Y sólo lograba escuchar música de jazz y canciones de gente feliz que bailaba y se divertía en otras partes cuando Guatemala había perdido hasta el sueño... Al oír esa música me acordaba de usted. Vi en ella la opinión pública a que usted se refirió. Un público indiferente a todo, a todo lo ajeno, a todo lo extraño, porque para ellos hay cosas extrañas. Un público interesado sólo en sí mismo, en sus juergas estériles, en sus insensatas diversiones que ellos llaman felicidad. ¡Y en esa afrentosa frivolidad, usted había pretendido cimentar su optimismo y hasta su "teoría"!... Y con esa decepción más que hasta ganas me daban de llorar, volvía a empezar de rodillas mi rosario... —Yo hubiera querido explicarle y decirle que la opinión de esa clase de gente, de ese público de cabarets y de cantinas, de clubes nocturnos y de amoríos fáciles no cuenta, porque tal gente constituye ya una minoría. La otra, la seria y madura que piensa alto y siente hondo, esa es ahora la mayoría,

y es la que se está pronunciando a favor de Guatemala. Pero su misma tristeza, las mismas huellas de su insomnio que tanto respeto inspiraban, me vedaron contradecirla. Y seguí escuchándola—: Nunca me imaginé que iba a pasar este día de Reyes con tanta congoja. La falta de noticias me resultaba peor que todo. Habría preferido recibir nuevas aunque hubieran sido de las odiosas, porque es peor esta incertidumbre. A veces pensaba, ante la exasperante tranquilidad de estos indios —porque sus difusoras durmieron a pierna suelta—, pensaba que tal vez ellos tuvieran alguna arma secreta en la cual confiaban. ¿No dicen, pues, que son brujos? Pero reflexionaba en seguida y me decía que eso no podía ser, pues, ¿qué brujería podrían oponer a los acorazados? Además, de ser así, no estarían tocando el himno de Hispanoamérica en forma tan suspirosa como lo están haciendo... Amanecía ya, cuando escuché con todo mi enojo a la radio de Londres que por enésima vez divulgaba a su modo los alegatos sostenidos con Guatemala en relación a Belice en el decurso de la historia, para volver a concluir que Belice es suyo, y que no comprendía cómo las naciones americanas estuvieran con este país que pretende destruir la buena amistad con ella, y yo...

—Perdone que hoy me atreva a interrumpirla —le dije entonces sin poderme contener ni poder disimular mi emoción—, pero hay algo importante en eso que me está diciendo. ¿Podría recordar las palabras precisas que dijo el vocero inglés en relación al apoyo que la América latina le está prestando a Guatemala? ¿Quiere hacer un poco de memoria, por favor?

—Pues... —empezó, ladeando la cabeza para mirarme de soslayo, como dudando de que yo hablase en serio, o como si la hubiera desconcertado el saber que lo que había oído pudiese tener mayor valor del que ella misma le había concedido —dijo el vocero: Es inexplicable el hecho por demás sorprendente de que las democráticas naciones de América quieran solidarizarse con un país que pretende enfriar inopinadamente las buenas relaciones de amistad nunca desmentida por Gran Bretaña y siempre

respetada por los ladinos que hasta ahora gobernaron Guatemala. Eso fué lo que dijo.

—Pues felicitémonos, señora, porque ya esto marcha mejor.

—¿Cómo así? —y dejó su vaso en la mesa, como si temiera que se le fuera a caer de las manos.

—Observe que ya Inglaterra empieza a mostrarse menos arrogante. Ya no habla de alterarse la paz, sino simplemente de enfriarse las buenas relaciones, que siempre es menos grave.

—Puede que tenga usted razón —convino ella, saliendo un poco de su pesimismo—, porque al decir esas palabras emplearon un tono más suave que el que usaron ayer. ¡Pero es que ayer fué terrible! Y Dios sin duda está escuchando mis oraciones. ¿Quiere decir que los indios renunciarán a Belice para dejar las cosas como estaban? —Y, pensativamente, agregó—: ¡Lástima sería, después de todo...!

¡Oh eterna inconformidad la de los humanos, que si las cosas se presentan de color blanco las quisiéramos rojas; y si el azar las vuelve rojas, inmediatamente las deseamos de cualquiera otro color. Ya ella no se alegraba con saber que la paz podía presentarse más o menos pronto, restaurándose el “*staus quo ante*”, como deseaba al principio: ahora sentía pesar porque las cosas pudieran precisamente quedar como estaban. Pero yo no podía creer que todo volviera al estado de antes, y le dije que no sería necesario renunciar a Belice si podían ambos litigantes entrar en algún arreglo.

Sorprendida, abrió tamaños ojos para preguntarme:

—¿Entrar en arreglo? Y ¿cómo, sin aquel desistimiento?

—Los sucesos de ahora —le expliqué— pudieran haber llevado a Gran Bretaña al convencimiento de someter al arbitraje el asunto en disputa bajo las condiciones que siempre ha exigido Guatemala y que siempre había rehusado aquélla, o sea bajo la fórmula *ex aequo et bono*.

—¿Cree usted? —y sus ojos relampaguearon.

—Casi diría que sí.

—Pues eso sería lo mejor, siendo Guatemala tan débil, pues con la ayuda de los yanquis no hay que contar.

—¿Supo usted algo más de ellos? —le pregunté.

—No, aparte de que siguen neutrales, lo que tal vez sea preferible, pues según algunos comentaristas, si el corazón de Estados Unidos está con nosotros, su cerebro en cambio permanece fiel a la letra de los tratados. Y como los hombres se guían por sus cerebros y no por el corazón... Y ahora que me acuerdo, le cuento que el boletín de esta mañana dijo que ya están retornando al país los guatemalenses que se hallaban exilados, para ofrecer sus contingentes al gobierno en la defensa de la patria.

—¿Qué están volviendo los ladinos?

—Así dijo, y le advierto que yo también me sorprendí al recibir tal tolerancia, hasta negarme a creerla, porque los indios han sido siempre, o algunas veces, mentirosos. Pero después pensé que debe ser cierto, pues por su amor a la patria los ladinos siempre han hecho locuras.

Sí, pero lo de ellos ahora no era locura, ni era simple patriotismo al modo que muchos entienden este término. Había algo más: demostraba que lo que ellos habían sentido siempre por los indígenas no era un odio ni tampoco un desprecio hasta la muerte; por cosas como éstas podían verse sólo en las junglas de verdad. Ella misma había empezado ya a suavizar sus expresiones al referirse a ellos. Se notaba que lo que aquí hubo no fué más que ambición, egoísmo, egolatría, incomprensión, en una palabra. Ojos vendados y corazón insensible. Y se hizo forzoso el traspasante dolor que acaaban de sufrir para deshacerse de esa venda y empezar a sentir humanamente, como despierta el alertagado abofeteándosele. Ahora podemos decir que han vuelto a nacer, o renacido a una vida superior y más humana; que "Para aprender a vivir, —no hay nada como morir— y resucitar después". ...Y yo también me iría a alistar en el Ejército chapín, si no me siguiera ateniendo a mi "teoría". Pero éstas son reflexiones que aún debo reservármelas.

Y la pausa que siguió, interrumpió pronto ella misma al exclamar:

—Pero estamos descuidando el radio. ¡Vamos a ver que está diciendo!

Volvimos al hall, y al tiempo de sentarnos me preguntó si ya me había dicho que 14 países más, entre los que figuraban el Egipto, la India y Etiopía, se habían solidarizado con nosotros. Al contestarle que no, se excusó de que su cabeza no le funcionaba bien ahora, mientras buscaba entre unos libros una hojita de papel en la que había escrito los nombres de esos países, y, al hallarla, me la pasó. Vi entonces que aparte había puesto otros cuatro países más, y encima de ellos la palabra "Contrarios", es decir, que éstos se habían declarado en contra de nosotros. Y éstos, una vez agregados ordenadamente a las listas que yo tenía, resultaron sumar 30 los favorables y 13 en contra de Guatemala. Ya contábamos, pues, con una bonita mayoría, y así se lo comuniqué a ella. Pero ella sigue creyendo que, como antes sucedía, lo único de tomarse en cuenta es la fuerza bruta, el peso de las armas destructoras. Por eso dijo por respuesta:

—Tantas adhesiones nos enorgullecen, pero ¿podrán contra la poderosa Inglaterra? Yo me sigo ateniendo a los hechos. Recuerde que hace cien años hubo un hombre —San Martín— que pensó como piensa usted ahora, y dijo que el tiempo de la opresión y de la fuerza ya había pasado. Y ha sido al revés: la época de dolor y humillación perdura y se agrava todos los días, porque para remediar ésta no basta con las emancipaciones políticas, hacerse una patria y tenerse constitucionalidad: hace falta, además, emanciparse de los propios vicios y...

Se interrumpió al llegarnos del cielo un ruido ensordecedor producido por cientos de aviones de diferentes modelos que describían círculos cada vez más bajos sobre la ciudad. La sorpresa me dejó confundido, pero ella luego me dijo que éstas debían ser las flotas de los demás pueblos de Centroamérica, pues el boletín de la mañana había también dicho que estos países habían ofrecido sus fuerzas aéreas para reforzar las defensas del nuestro.

En el patio estuvimos un rato mirándolos, y yo comenté:

—Son numerosos. Es un valioso refuerzo.

—Apenas un consuelo —contestó—. Harán falta más para el poderío inglés. De no haber arreglo pacífico, como usted lo sugirió, no se evitará que aquél nos reduzca a polvo. Por eso más que me atengo al poder de Dios...

Cuando el ruido menguó, minutos después, nos dedicamos de nuevo al radio, a tiempo que recibimos el periódico. Pero éste resultaba venir siempre con cosas ya conocidas, incluso la lista de los países que se habían adherido a la causa guatemalteca, la cual estaba de acuerdo con la mía, excepto en un país: Birmania, que se me había pasado y el cual pertenece al bando de Inglaterra. Pero poco después la señora me llamó la atención para que oyera al vocero de la Argentina que mencionaba dos países más recién pronunciados a nuestro favor, y eran: Indochina y Filipinas; adhesiones que ella podía agradecer y hasta desear para no sentirse "tan sola en el mundo", pero sin lograr animarla por resistirse a darles un valor decisivo como el que ella deseara. De aquí que ella confiara sobre todo en Dios porque, a falta de los Estados Unidos o de otra potencia semejante, era Aquel el único que podía detener a Gran Bretaña.

¡Ah!, pero había algo nuevo en las páginas del diario, y era que desde ayer el Congreso se halla constituido en sesión permanente hasta no verse el resultado de estos eventos; y que las iglesias cristianas, por su parte, han declarado días de rogación y abstinencia a éstos por lo que estamos pasando. Y esto significa que debo empezar por renunciar a los jugos de naranja...

Hora: 13.00.

Hemos arribado al momento culminante de esta historia. El boletín de las doce dió al fin la más temida de las noticias, aunque no empezó por ella, sino que se vino por las ramas, como para restarle importancia a tal noticia. Pero ¿cómo lograr eso?

He aquí el boletín, repetido después en sus distintas lenguas:

“¡Compatriotas y pueblos amigos de Guatemala! Hoy hemos tenido el honor de recibir de nuestros hermanos del Itzmo el valioso contingente de sus fuerzas aéreas, como contribución suya a la noble causa de Guatemala. Muchos centenares de aviones bien equipados con sus correspondientes dotaciones, llegaron a nuestros campos solicitando ser incorporados a nuestra flota nacional. No es que hayan venido por razones de la Carta de Bogotá, ni por festinación americanista, sino para rendir tributo a la justicia y a los propios dictados de la conciencia. Pero a esos bizarros tripulantes, así como a los pueblos hermanos que los enviaron, les hemos expresado, juntamente con nuestro sincero y profundo agradecimiento, las más debidas excusas al tener que rehusar tan fraternales como poderosos contingentes, porque no es nuestro propósito desafiar a país alguno, no alterar la paz de que disfruta el mundo; lejos de eso, queremos paz también para aquellos que habitan en ese pedazo del terruño: paz política, paz en el trabajo y paz interior. Es por eso que nos hemos negado a aceptar tan significativa contribución, de modo que sus abnegados pilotos no participarán en lucha alguna, salvo en la moral que hemos emprendido y que tiene por fin el logro de la fraternidad humana por el único medio posible: el basado en la justicia, el mutuo respeto y la igualdad entre los pueblos. (La señora no pudo evitar exclamar: “¡Qué locura: pretenden vencer sin armas!...”)

Por su parte —siguió diciendo el vocero—, el no menos generoso pueblo de México ha declarado que está dispuesto a renunciar al derecho que cree tener sobre la mitad norte de Belice, si Inglaterra desiste de sus fantásticos reclamos; porque a México le basta, ¡oh hidalguía mexicana! el decoro, la paz y la felicidad de los beliceños y de los centroamericanos todos, antes que su engrandecimiento propio, si tal engrandecimiento puede ser causa de penas y distanciamientos con aquéllos. Ya hemos agradecido entrañablemente, y lo hacemos una vez más, el ejemplar desprendimiento de esos hermanos de México, y lo cual hacemos no sólo en nombre de los guatemaltecos, que también en nombre de los centroamericanos y en el de la fraternidad humana.

“Simultáneamente con la llegada de los auxilios centroamericanos, ancló en nuestras aguas del Atlántico y a dos millas de las costas beliceñas, la flota inglesa integrada por poderosas unidades que incluyen portaaviones y transportes; y si bien no ha hecho todavía tentativas de desembarco, sus aviones en cambio han empezado a hacer reconocimientos a baja altura sobre todo el territorio, sin encontrar, desde luego, ninguna oposición material. (La señora había palidecido intensamente, habiéndose quedado en suspenso. Yo seguí escuchando, pero sin dejar de vigilarla por si se desmayaba). Pero no desesperemos ni perdamos la fe en Dios, que a nuestra Cancillería continúan llegando nuevos y expresivos mensajes de adhesión desde todos los rumbos del planeta. No estamos solos, en esta desigual contienda: más de medio mundo se ha pronunciado ya con nosotros. Al Reino Unido, viejo baluarte de la democracia, se le ofrecen dos caminos. No dudamos que a la luz de su rica experiencia, sabrá escoger de ellos el más conveniente. ¡Naciones libres del mundo!: En esta hora crítica, en este momento decisivo de nuestra historia, cuando amenazan volver los tiempos de los descubrimientos que creíamos idos ya, y nuestras aguas contemplan otra vez, con igual turbación que entonces, a las carabelas del puerto de Palos de la Frontera, Guatemala espera que vosotros sabréis cumplir con vuestro deber siguiendo los dictados de Dios”.

Concluyó ofreciendo para las 18 horas el siguiente boletín, “a menos que eventos extraordinarios nos obliguen a volver antes”, y exhortando a los guatemaltecos a seguir rogando a Dios Todo bondad porque el mundo “abra sus ojos y mire, abra su pecho y sienta”. Al final dejó oírse el himno de Hispanoamérica ejecutado otra vez por trémulas y sentimentales marimbas.

La joven dueña juntó ambas manos y exclamó angustiada:

—Sucedió al fin: ¡Belice es ya la “tierra de nadie”! Esos aviones andarán viendo si les han puesto trampas o emboscadas, antes de acercarse, o tal vez seleccionando los blancos para después dirigir el fuego de los cañones. Y estos indios tercicos, ¿por qué no desocupan y se vienen